

BROMAS DEL SOL

PERSONAS:

PEDRO, 65 AÑOS — JUANA, 55 AÑOS

La escena, un bosque. Por entre los árboles se divisa la faja brillante de un río. Tarde de verano; el sol empieza a declinar y sus rayos iluminan suavemente los ramajes. Susurros y cantos de pájaros.

ESCENA UNICA

JUANA Y PEDRO. La primera, de pié, mira al río a través del follaje; el segundo, sentado en un tronco, remueve la hojarasca con un grueso quitasol.

JUANA. Tardan demasiado; el sol va a entrarse y ya hace rato que pasó la hora convenida... ¿Por qué no vienen?.

PEDRO. Pronto regresarán; en un día como

vios... Mirando los trigales rojos con el sol, tú decías tantas cosas que a mí me agradaban: entónces te llamaba poeta, y tú a mí...

PEDRO. Musa.

JUANA. Musa, sí; la musa buena que veías en tus sueños, que te animaba en tus trabajos... Me acuerdo de todo.

(Corta pausa; la viejecita se hunde en los recuerdos y sonríe).

¡Tantas cosas, tantas cosas que se quedan aquí para siempre!.. Con el tiempo, cada cual se vuelve una caja de recuerdos.

PEDRO. De queridos recuerdos; al fin es ese nuestro solo tesoro: tener muchos recuerdos. El que tiene más recuerdos es el más rico.

JUANA (sonriendo). ¡En tal caso somos millonarios!

PEDRO. Millonarios, sí; millonarios... Y este dinero es precioso: ni se roba, ni se agota.

tida; no me encontré tan solo en aquella oficina helada, no sentí tanta pena... ¡Cuántos recuerdos! Tú nada olvidas...

JUANA. Es que el sol me los ha traído a montones, me ha vuelto a los tiempos de ántes; se ha entrado aquí iluminándolo todo y eso me da ánimos.

PEDRO. También a mí (sonriendo) me ha vuelto joven.

(Callan y absortos en ellos mismos no advierten que ya el sol ha desaparecido de los ramajes).

JUANA ¡El sol! ¡Qué bueno es el sol! Yo lo quiero como a un hijo que me trajera todos los días memorias de los otros.

PEDRO. Es verdad; nuestro último hijo.

JUANA. El único que no nos deja; que está siempre con nosotros... ¿Qué sería de nosotros si él también nos dejara?

PEDRO. Por eso no importa que ellos se re-



éste se olvida el tiempo... A los jóvenes les parece poca toda alegría.

JUANA (atenta). ¿Ruido de remos?... Nó, no vienen... se han olvidado. Bien hacia yo rogándoles que no se alejaran.

PEDRO. No te impacientes... Ven aquí y descansa un rato. A mí me ha fatigado solamente el camino... ¿Te has aburrido?

JUANA (acercándose a él). ¿Aburrirme?... Nó, nó, ¡estoy tan contenta de haber venido!.. ¡Cuánto tiempo sin ver el campo, sin sentir tanto sol!

PEDRO. Ya ves; tienen razón en prolongar su paseo. También los habrán embriagado el campo y el sol... porque a mí me ha emborrachado el sol.

JUANA. Ojalá no te haga mal tanto camino.

PEDRO. Lo he hecho con alegría; no me hará mal.

JUANA. Es verdad. Hace tiempo que no nos alegrábamos como hoy.

PEDRO. ¡Hace tiempo!.. Desde que se fué Antonio.

JUANA. No sé por qué me parece que no estamos tan solos, que siempre los tenemos a todos, y sin embargo...

PEDRO. Hai que resignarse; era preciso entregarlos a la vida.

JUANA (enternecida). ¡Queridos hijos!

PEDRO. Yo los he visto partir sin pena; se iban amando y el amor ahuyenta las tristezas...

JUANA. Es verdad.

(Pausa. Juana se sienta junto a él).

PEDRO. ¡Qué bien se está aquí!

JUANA (estendiendo su brazo hacia el río). Mira: ¡qué hermoso se pone con esa luz!.. Me hace recordar aquellas otras tardes, allá en el pueblecito, cuando estábamos de no-

JUANA. Tú me hiciste rica de ellos porque te empeñabas en que cada instante dejara entre nosotros algo inolvidable... y así ha sido.

(Piensa; el crepúsculo descende y sus tibiezas lisonjeras flotan sobre el bosque. Entre el follaje canta un pajarillo).

Escucha: qué bien canta. El pobrecito se despide del sol.

PEDRO. Tal vez implora un cariño de su compañera...

JUANA. Implora un cariño como entónces...

PEDRO. ¿Entónces?..

JUANA (con afectuoso reproche). ¡Oh! Ya no te acuerdas... Tú lo olvidas todo.

PEDRO. No me olvido... es que ahora...

JUANA (recordándole). Entónces, la primera vez que te fuiste a la capital... Allá, bajo el emparrado...

PEDRO. Ah! sí, qué buena fuiste!

JUANA. Un pajarito cantaba, como ahora; tú dijiste: "Implora un cariño de su dueña; tal vez va a partir, a verse solo..."

PEDRO. Tú lloraste...

JUANA (enternecida). ¿Cómo no llorar? Y...

PEDRO. Aquel beso.

JUANA. El primer beso.

PEDRO. Después, ya no me fué penosa la par-

trasen; esperémosles hasta que no haya sol... Me hace tanto bien sentirlo así, a través de las hojas...

(El véspero arranca de las ramas algunas hojas que caen sobre ellos; Pedro se vuelve y mira sorprendido).

—Se ha entrado ya!

JUANA (levantándose). ¡Dios mío! Si empieza a oscurecer y yo no lo he notado.

PEDRO. Se ha ido sin avisarnos; (sonriendo) vámonos también... Ellos no vendrán.

JUANA. ¿No te decía? se han olvidado... Y el sol se ha ido sin que lo sintiéramos.

PEDRO. Andemos aprisa; empieza el frío.

JUANA. El sol...

(Emprenden la marcha envueltos por las ténues claridades del crepúsculo que parece copiar afuera el otro de sus almas).

RAFAEL MALUENDA.

